

## CONCLUSIONES

Júlia Martí

Desde sus orígenes la historia del capitalismo es a su vez la historia de las resistencias a este sistema de dominación. También la búsqueda de alternativas, que engloban desde los grandes proyectos revolucionarios hasta las resistencias cotidianas para hacer frente al despojo y la precariedad directamente vinculadas al proceso de acumulación. Las experiencias analizadas en este libro demuestran el potencial que tienen los proyectos contruidos desde la base; proyectos capaces de aterrizar la teoría en prácticas de resistencia y construcción de alternativas que, además de plantear una disputa al sistema capitalista, pueden generar posibilidades de trabajo y vida digna para sus comunidades. A continuación destacamos algunos de los aprendizajes más significativos derivados de las alternativas analizadas.

En primer lugar, destacaríamos la capacidad de adaptarse en un contexto adverso. Obviamente la construcción de alternativas al sistema capitalista nunca ha sido un camino fácil, pero el contexto actual en América Latina plantea condiciones aún más complejas para la mayor parte de experiencias analizadas. A la crisis económica, la volatilidad de precios y tipos de cambio y las dificultades para acceder a crédito, se le suman las dificultades políticas, especialmente en Brasil y Argentina, donde los cambios de gobierno han puesto en peligro las conquistas conseguidas, al mismo tiempo que se generan muchas más trabas para los nuevos procesos. En este contexto, como decíamos, la construcción de alternativas no es solo un proyecto político, sino también una estrategia para sobrevivir. De este modo, frente al despojo y la

pérdida de derechos, la economía popular, las cooperativas, la recuperación de empresas o la ocupación de tierras se convierten en vías para acceder a condiciones de vida dignas.

En segundo lugar, más allá del marco político de cada una de ellas, encontramos una tendencia común que refleja la importancia del diálogo y la construcción de espacios de articulación entre diversas corrientes. Así vemos como, en mayor o menor medida según el proceso analizado, todas ellas beben de un análisis marxista, contagiado de y abierto a un enfoque comunitario y de autogestión, así como a una mirada feminista y ecologista. Además, es interesante ver como en cada contexto estos bagajes políticos se articulan con la propia historia de las luchas locales; y, en su conjunto, conforman una construcción colectiva del sujeto que, a pesar de compartir la identidad de clase trabajadora, tiene elementos diferenciados en cada experiencia.

En el caso del MST de Brasil, juega un papel central la identidad de «trabajadores y trabajadoras rurales» y «trabajadores y trabajadoras sin tierra», mientras que en Venezuela se habla de comunas y comuneros, en Argentina de empresas recuperadas y de «trabajadores y trabajadoras de la economía popular», y en Cuba fundamentalmente de cooperativistas. El concepto de «Economía Social y Solidaria» quedaría, por tanto, en un plano más teórico, ya que desde las propias prácticas alternativas no se utiliza como forma de autodenominarse, aunque se comparten principios, como el de la cooperación, comunidad, autogestión y solidaridad. Al mismo tiempo, hay un sentimiento común de estar construyendo «otra economía», y surge recurrentemente la idea de «trabajo sin patrón» y de democratización económica, como elementos compartidos en todas las experiencias.

En tercer lugar, en lo referente a los modelos de gestión, se percibe como el marco legal y político establecido en cada país es un elemento importante a la hora de entender el desarrollo formal de los proyectos. Como demuestran los casos de Venezuela y Cuba, el impulso a las cooperativas o las comunas es clave para entender su surgimiento y desarrollo. No obstante, tal y como se desprende de los testimonios de estas experiencias, este apoyo público es solo un estimulador que necesariamente

precisa de un compromiso fuerte por parte de sus integrantes, que asumen la gestión y el desarrollo de los proyectos más allá del impulso inicial.

Al mismo tiempo, el ejemplo de las empresas recuperadas y de los asentamientos en Argentina y Brasil, respectivamente, demuestran la idoneidad de aprovechar las brechas legales del sistema para construir alternativas, así como la importancia que tiene la organización para sostener la lucha hasta conseguir el reconocimiento legal. Más concretamente, respecto a las estructuras internas, es interesante recuperar las estrategias seguidas para garantizar la democracia interna en los asentamientos del MST y de las comunas venezolanas. Se trata de ejemplos muy interesantes debido a las estructuras de las que se han dotado para garantizar la democracia interna a pesar de su gran tamaño, combinando mecanismos de representación con órganos de participación directa como asambleas, núcleos de base o consejos comunales.

Además, trascendiendo las estructuras formales, existe una voluntad de democratizar las prácticas de gestión, buscando formas de fomentar la participación y garantizando que los cargos y las responsabilidades roten. En este sentido, uno de los retos que surge en las diferentes experiencias es el de fortalecer el compromiso y transformar las lógicas de trabajo; para ello, en todos los casos la formación política y los procesos de educación popular asumen un lugar central, como vía imprescindible para «tomar conciencia», desaprender las formas de trabajo capitalista y superar las dificultades del trabajo colectivo. Al mismo tiempo se pone especial atención en la importancia de fortalecer la comunidad, generando espacios de ocio y trabajando el compromiso colectivo.

Los modelos de liderazgo también son un elemento clave para este objetivo, ya que aún partiendo de la premisa de que los liderazgos son imprescindibles para cohesionar y fortalecer las luchas, su carácter también definirá los procesos. Se observa cómo en algunos casos los liderazgos de carácter «carismático» han sido importantes, aunque en general no podríamos entender el desarrollo de las experiencias analizadas sin la presencia de líderes

y lideresas «de servicio». Además, en la mayoría de casos, estos liderazgos son paritarios, ocupados tanto por hombres como mujeres. En este sentido también aparece la necesidad de plantearse la militancia desde la integralidad; como afirmaban en Traslasierra (Argentina), el reto es conseguir que la militancia no te haga dejar todo lo demás de lado, sino que sea «parte de la vida».

En cuarto lugar, desde la perspectiva de la sostenibilidad de la vida planteamos el análisis de lo productivo y lo reproductivo de forma conjunta, entendiendo que se trata de procesos indivisibles y que no se pueden comprender separadamente. Partiendo de esta premisa constatamos que el debate sobre «qué producir» varía según la trayectoria y la capacidad de decisión de cada experiencia. Mientras en las comunas y en los asentamientos se ha podido dirigir parte de la producción a las necesidades de la comunidad, en otras cooperativas o empresas recuperadas esta decisión depende más de la inercia o de la disponibilidad de infraestructura, así como del acceso al mercado. Además, en todos los casos existe un debate, más o menos explícito, sobre «cómo producir», en el que se tienen en cuenta criterios ecológicos y de cooperación con otros proyectos autogestionados. De cualquier manera, a menudo surge la imposibilidad o dificultad para superar ciertas lógicas, por ejemplo dejando de comprar soja de monocultivos o produciendo completamente sin agrotóxicos.

A su vez, un elemento central en todos los casos es el de conseguir unas condiciones de trabajo dignas, entendiendo estas como algo que va mucho más allá del salario o de la estabilidad laboral. Algunos de los elementos que destacan las personas entrevistadas como características propias del trabajo sin patrón, son la autonomía, la capacidad de decisión, la flexibilidad horaria, un ambiente de trabajo agradable, la solidaridad, etc. Sin embargo, algunos de los retos detectados, como la sobrecarga de trabajo o las dificultades financieras, plantean el desafío de conseguir la sostenibilidad de los proyectos en un sentido amplio, es decir, conseguir una sostenibilidad productiva, humana, económica y con el entorno. En este sentido, vemos como, a pesar de que en la mayoría de casos se han tomado medidas para facilitar la conciliación entre las tareas y los tiempos productivos y reproductivos, o

para conseguir construir una mirada integral hacia lo productivo y lo reproductivo, lo colectivo y lo individual, sigue siendo un reto estratégico ir deshaciendo las estructuras patriarcales.

De este modo vemos como en los proyectos en los que el enfoque comunitario está muy presente, las prácticas cotidianas tensionan la división entre lo productivo y lo reproductivo, así como la división sexual del trabajo, además de producir dinámicas desmonetarizadas. Además, en muchos casos, el impulso de proyectos productivos va de la mano del desarrollo de proyectos para colectivizar las tareas reproductivas o facilitarlas. Al mismo tiempo, en los casos en los que la división entre lo productivo y lo reproductivo es menos categórica —como el caso de la CTO en Argentina—, o en los que los proyectos productivos se entienden como un elemento más para garantizar el desarrollo de la comunidad —como en las comunas—, las mujeres tienen un protagonismo mayor y se produce una transformación de subjetividades gracias al rol que ocupan dentro de los proyectos.

De esta manera son recurrentes los testimonios de mujeres que explican que organizarse les cambió la vida. Sin embargo, a pesar de que en la mayoría de los casos se ha avanzado en la reducción de las desigualdades internas, no ha sido suficiente para producir un cambio más profundo en su rol asignado. Por ello, en algunas experiencias se ha planteado la necesidad de seguir trabajando para politizar lo cotidiano, para llevar los procesos de transformación más allá de la cooperativa y transformar la comunidad desde una visión integral.

En quinto lugar, un elemento que se repite en todos los casos es la importancia de las redes de solidaridad y la articulación con otras experiencias. Estas redes se entienden como un elemento fundamental en el desarrollo de los objetivos políticos de cada experiencia, lo que demuestra que se trata de proyectos transformadores que buscan provocar cambios no solo en sus formas de trabajar o de conseguir una renta, sino en alcanzar bienestar para toda la comunidad o para el colectivo del que forman parte. En este sentido, las alianzas que se tejen pueden tener un carácter más amplio, como en el caso del MST y de las comunas, en los que hay una estrategia política de carácter nacional e internacional. Y/o

estar más centradas en las alianzas con organizaciones cercanas y con otros actores de la comunidad.

Por otra parte, la mayoría de testimonios mencionan la articulación con otras organizaciones y la solidaridad recibida como un elemento fundamental para explicar el surgimiento y resistencia de las luchas. Al mismo tiempo, subrayan que las estrategias para hacer sostenibles los proyectos pasan, en todos los casos, por estrategias de cooperación o de unión de luchas con otras organizaciones.

Por último, en cuanto a la interacción con el Estado, hemos estudiado experiencias con relaciones muy dispares con las instituciones públicas, desde la cooperativa Model, en Cuba, impulsada por el propio Estado, hasta la empresa recuperada Globito, que sigue peleando para que el Estado le de el reconocimiento legal. Además, el análisis del papel que debería jugar el Estado en relación a las experiencias de economía alternativa varía en cada contexto. De cualquier manera, en todos los casos vemos como el apoyo público es un elemento muy importante para poder sacar adelante los proyectos.

En este sentido, es interesante una reflexión repetida por varios testimonios, en la que plantean que los subsidios o apoyos públicos son necesarios para poder partir de unas condiciones mínimas, ya que si no la economía popular nunca podría despegar, al no contar con el capital suficiente para hacer las inversiones necesarias. De esta forma se entiende el apoyo estatal como una forma de compensar esta desigualdad de partida, al mismo tiempo que se da importancia a la autonomía de los procesos, poniendo de manifiesto la relevancia de garantizar la viabilidad de las cooperativas, minimizando las dependencias. A su vez, se reivindica el carácter político de estas experiencias, ya que como hemos mencionado, no son solo iniciativas productivas, sino también proyectos que buscan una transformación radical social y política. Y un elemento importante en este sentido es que, como afirman desde el MST, sin conflicto con el Estado, con los terratenientes y los patrones, no se avanza.